

El voto de los católicos

E.
MIRET
MAGDA
LENA

ESTAMOS en las puertas de la elección. La política que nos llevó a una Constitución ha terminado. El establecimiento legal de la democracia ha recibido el asentimiento de nuestros diputados y senadores de las primeras Cortes inicialmente democráticas desde hace cuarenta años. Y esta aprobación recibió un refrendo, más magro que el parlamentario, por el pueblo español.

El proceso democrático en nuestro país ha sido como una feria de fuegos artificiales. Brotan de repente de modo espectacular las luces, las bellas luces democráticas; pero duran un lapso de tiempo minúsculo. Pronto se van apagando a ritmo acelerado, y volvemos a la oscuridad cotidiana con desilusión.

¿No es eso lo que han sentido muchos españoles? Creyeron ingenuamente que ese batallón de cohetes de la incipiente democracia era un foco permanente que iba a iluminarnos para siempre. Y, en un tiempo record por su brevedad, hemos empezado a notar que no todo el monte era orégano, y que nuestras prisas eran refrenadas por la política ejercida: la democracia estaba todavía por hacer. La Constitución es un papel nada más, y no un talismán que todo lo arregla. Los partidos políticos necesitan estrenarse en el Gobierno o en la oposición, porque lo cierto es que hasta ahora, ni ha habido Gobierno que gobernase —parecían los ministros, por lo general, unos imberbes muchachos que jugaban con temor a dirigir el país sin acertar casi nunca—, ni tampoco ha existido una verdadera oposición, porque la así llamada brillaba por su ausencia, como contrapartida ineficaz a la carencia ministerial de la UCD.

En una palabra, después del refulgor de las elecciones del 15 de junio, nos hemos sumido cada vez más en las tinieblas. Y el español intuye esta situación, confusa y desorientadora para quien tuvo el entusiasmo del cambio político a flor de piel.

A los católicos españoles les ha pasado también, en su propio terreno, tres cuartos de lo mismo. Con el Vaticano II se animaron. Llegaron al cenit del entusiasmo renovador de una Iglesia como la nuestra, llena de achaques y goteras, que a pesar de su poder aparente hacía agua por todas partes. Tras la ilusión conciliar vino "el desánimo de los buenos", como llamó de modo un poco simplista a este tipo de experiencias frustrantes el inteligente —y discutible por otros conceptos— Pío XII.

Y no terminaron ahí los males de los católicos de mente abierta. Por fin vino la caída

del franquismo, dictadura tan apetecida y aceptada en España por muchos creyentes, especialmente del clero, y del alto clero muy en particular. La llegada a su fin fue presentada por estos creyentes oficiales y poderosos en los años últimos del caudillaje personalista de Franco, ejercido tranquilamente durante casi todo su Gobierno gracias al apoyo de estos significados católicos. Y se leyeron en los *Boletines Diocesanos* pastorales discretamente críticas, cuando estábamos casi a las puertas de la muerte del dictador; o se recitaron en los templos homilias más o menos inconformistas de la situación social y política, mirada con gusto, o al menos tolerada hasta hacía poco por ellos mismos. Porque cuando tímidamente algunos seglares de Acción Católica quisieron despegarse del franquismo, recibieron el palmetazo de nuestro episcopado, obturando la rendija abierta por ellos en nuestras casi cerradas puertas católico-conservadoras, que fueron apoyadas únicamente por el que fue cardinal primado Plá y Deniel.

Un primer tiempo del posfranquismo eclesialístico fue discreto. Las voces de nuestros obispos se oyeron poco, quizá demasiado poco. Querían que se olvidase todo, echando al desván de las cosas pasadas y no recordadas, su complaciente actitud. Pero ahora vuelven cautelosamente a querer introducirse en el concierto, o desconcierto, de la política de los católicos.

Con motivo de las elecciones generales del primero de marzo han hecho pública una declaración, que es ejemplo de diplomáticas ambigüedades externas y de trasfondo conservador. Por eso los católicos debemos acostumbrarnos cada vez más a adoptar una postura serenamente crítica ante los dichos oficiales de nuestros obispos. Y dejar de dar importancia a sus intervenciones públicas cuando éstas no la tienen, como ocurre en este caso. Lo que ya no debemos hacer es rasgarnos las vestiduras, porque no hayan dicho lo que tenían que decir.

Nuestra postura debe ser mucho más sencilla: una atención sin dramatismos a sus palabras, y un olvido inmediato, si es que no resultan positivas para nuestra fe, o están calcadas sobre una cuadrícula de intenciones moderadamente conservadoras o centristas —que es lo mismo— y que no nos convencer como ciudadanos.

No olvidemos que cuando se trata de política somos nosotros, los ciudadanos, los que tenemos que opinar, y somos nosotros mismos quienes tenemos que decidir. El hecho de ser católicos no aumenta para nada nues-

tra perspicacia ciudadana ni tenemos especial luz para ello. La política es cosa de la ciudadanía; no es incumbencia específica de instrucciones episcopales.

Y no quiero con ello decir que el Evangelio no tenga nada que decirnos a los creyentes en materia política, sino que aquellos que no lo son tienen en su mano la razón, que es la que también tiene que usar el católico para saber lo que es aceptable o no en política. Porque el Evangelio, a pesar de lo que se diga, en materias temporales no va más allá de lo que la razón pueda decirnos a cualquier hombre. Incluso a veces dice menos, porque hoy tenemos los hombres de nuestro tiempo medios para analizar la realidad más desarrollados científicamente que los que se contienen germinalmente en el Evangelio escrito hace veinte siglos.

Yo, por eso, recomiendo a los que miran indignados estos escritos pastorales de la Iglesia oficial, lo mismo sean creyentes que no creyentes, que expresen sí su opinión y denuncien cualquier exceso episcopal, pero que no dramaticen, porque no es para tanto lo ocurrido.

Nuestro pueblo se va poco a poco acostumbando a discernir lo que aquí estoy diciendo, y va haciendo cada vez menos caso de la jerarquía eclesiástica cuando ésta incide en temas civiles, haciéndolo por otro lado siempre en forma bastante ambigua, que puede ser interpretada de muchas maneras.

La reciente declaración episcopal sobre el voto de los católicos está hecha para contentar a la variedad de opiniones de los propios obispos españoles que, a pesar de sus diferencias, dan siempre una suma centrista y hacia la derecha, y están mirando a su propio ombligo. Nuestros obispos siguen, por lo general, distantes del sentir del pueblo y de sus anhelos e inquietudes actuales.

El detalle más negativo de esta declaración no es tanto su desacierto conservador, como lo ambiguo de muchas de sus expresiones, que en las mentes ingenuas de muchos ciudadanos ejercen el mismo machaqueo verbal del franquismo con sus "slogans" elementales que golpeaban nuestras cabezas haciendo ver enemigos en todas las esquinas avanzadas del país. ■